



Teodosio tenía el derecho de pensar que su guerra á los ídolos le valdría la protección del cielo, y parece haberlo conseguido. El año 384 le trajo un doble regocijo: el nuevo rey de Persia, Sapor III, le envió una embajada con ricos presentes, prenda de paz para las provincias orientales, y la emperatriz Flaccilla le dió el segundo hijo, Honorio, promesa de duración para su dinastía. Unos pobres locos, tocados de la enfermedad del tiempo, la práctica de las artes mágicas, fueron acusados de conspirar contra el emperador y condenados á muerte: Teodosio los indultó. Era un acto de buen sentido que debemos contar en el número de las cosas faustas que le acontecieron en aquel tiempo (385). En fin, uno de sus generales obtuvo una importante victoria sobre los grutunges ó grutungios, que querían probar fortuna en el imperio.

Promoto los engañó enviándoles supuestos tráfugas, los cuales, bien aleccionados, les prometieron entregar al filo de sus espadas todo el ejército romano sin defensa.

Mientras ellos pasaban el río en desorden, Promoto lanzó sus galeras pesadas y rápidas en medio de sus frágiles embarcaciones, que fueron muy luego rotas (1). Muchos bárbaros se ahogaron, y entre ellos el rey Odotheo, y los que pudieron llegar á la orilla derecha quedaron prisioneros ó muertos.

Teodosio no asistía á la acción; sin embargo, el honor recaía en él, según el uso, y entró en triunfo en Constantinopla con Arcadio (12 octubre 386).

Pero no era bastante para los lisonjeros y supusieron que el rey Odotheo había caído al filo de su espada; y más adelante, refiriendo Claudiano á Honorio las hazañas de su padre, deploraba que Teodosio no hubiera podido dar á la nueva Roma el espectáculo que la antigua no había visto más que tres veces: el triunfador trayendo los ópimos despojos que había conquistado en el campo de batalla matando por su propia mano al caudillo enemigo.

Entonces sin duda fué cuando Teodosio restableció en su pedestal, miserablemente esculpido por sus artistas, el obelisco de Constantino que había derribado un terremoto. Poco después, pero antes de su muerte, su hijo Arcadio erigió en su honor una columna triunfal para que rivalizara con las que en Roma refieren las hazañas de los Antoninos.

El año siguiente fué menos fausto. Quería celebrar Teodosio al mismo tiempo, su décimo año de imperio, que se aproximaba, y la *quinquennialis* de su hijo mayor. Pero no podía celebrarse esta gran solemnidad sin cuantiosos dispendios para los juegos y fiestas, y mayores aun para las gratificaciones al ejército. El sistema financiero era siempre pésimo, las inmunidades numerosas, las concusiones infinitas, á pesar de las repetidas ordenanzas de los príncipes, que procuraban espantar con fieras conminaciones á los culpables, y no hacer imposibles con reformas los abusos.

Teodosio puso el gasto de las fiestas á cuenta de los pueblos, aumentando los impuestos, sin descabalar las sumas que, según costumbre, debían ofrecérsele en donativos gratuitos.

Cuando á fines de febrero de 387 se leyó el edicto al pueblo de Antioquía, reunido en el *Tychæum* (2), estalló un gran tumulto. «¡Es nuestra ruina! decían; no se nos deja más que una vida que no vale la pena de arrastrarla, ¡no!»

(1) Claudiano habla de tres mil barcos, y no será mucho á nuestro ver quitar siquiera un cerro.

(2) Todas las ciudades importantes habían tenido un templo de la Fortuna *Ἰσχυρῆ*, ante el cual hacían leer al pueblo los gobernadores los actos oficiales.

ἀβύσσος; (3)» y acaso se pronunció también el nombre de Máximo, como lo será algunos meses después en la sublevación de Alejandría. El juez tuvo que esconderse, y la furiosa multitud echó abajo las estatuas de Teodosio, de su padre, de sus hijos, de la emperatriz Flaccilla, las arrastró por las calles con una cuerda al cuello y hasta quiso pegar fuego á las casas.

Pero acudió un pequeño cuerpo de arqueros y bastaron algunas flechas para dispersar la multitud, reapareciendo el juez en su tribunal. Los heridos que quedaron en la plaza y algunos amotinados detenidos al azar fueron conducidos á su presencia, puestos en tortura y quemados vivos ó arrojados á las fieras; y los magistrados, los senadores de la ciudad, encerrados en la cárcel pública, esperaron en ella con la mayor ansiedad la sentencia del emperador.

Las buenas cualidades de Teodosio estaban maledadas por un gran defecto: la violencia de un carácter, que en los accesos de cólera, perdía el sentimiento de la templanza y hasta de la justicia. Cuando las noticias de Antioquía llegaron á Constantinopla, quiso al principio exterminar la población entera y arrasar la ciudad completamente; y si no cedió esta vez á este primer arrebato, los comisarios que envió llevaron todavía órdenes muy rigurosas.

En efecto debían desposeer á Antioquía de sus rentas y tierras; suprimir sus fiestas y juegos; reducirla á la condición de un simple villorrio, transfiriendo á Laodicea el título de metrópoli de la Siria; en fin, renovar la información y castigar severamente á los que resultaran culpables.

Con esto, volvieron á empezar los procesos, las torturas, las sentencias capitales, los destierros, las confiscaciones; pero el corazón de los jueces flaqueó para la ejecución de tantas sentencias. Flaviano, obispo de la ciudad, Libanio, el pagano respetado hasta de los emperadores cristianos, los solitarios del Líbano bajando de sus montañas, todos imploraron la piedad de los comisarios imperiales, y uno de ellos se aprestó á volver á Constantinopla para templar al emperador.

Trescientas leguas anduvo en seis días; pero el piadoso Flaviano iba delante.

Teodosio, cuya cólera había calmado ya, perdonó. No podía destruir tampoco la capital de Oriente. Después de todo ¿no la había castigado ya bastante con las ejecuciones ya hechas y con sus amenazas de ejecuciones nuevas? Por espacio de más de un mes la imprudente ciudad había vivido en el terror, y con razón había temido la cólera del hombre que ordenará muy pronto la matanza de Tesalónica.

Valentiniano II, el soberano de la Iliria occidental, de Italia y de Africa, vivía pacíficamente en provincias que ningún enemigo había ido á turbar. Valentiniano reinaba; su madre, la emperatriz Justina, gobernaba. Tenía el carácter tolerante de su esposo; estaba con buenas relaciones con San Ambrosio, á quien confió dos veces misiones importantes, recibiendo, sin embargo, en su corte al obispo arriano Auxencio, y tenía en los altos cargos hábiles personajes, sin preguntarles por sus creencias, como los condes francos Bauto y Rumorides, el prefecto de la ciudad Símaco, uno de los últimos escritores de Roma, y el prefecto del pretorio, Pretextato, pontífice de Vesta y del Sol. En su casa pone Macrobio el festín de las Saturnales; y como este sacerdote del Sol tenía la fe de Juliano, creyó su mujer á su muerte que había sido transportado en medio de las estre-

(3) Liban. *Disc.* XIV y XV, y S. Juan Crisóst. *Disc.* V al pueblo de Antioquía. Observo que como se hacía en nuestros antiguos tumultos, los sediciosos de Antioquía empezaron por romper las linternas.

llas de la Vía láctea, *in lacteo cæli palatio*. Para los cristianos era naturalmente «el jefe miserable de una piedad sacrilega,» y en lugar de la estrellada esfera, le da por mansión San Jerónimo, las tinieblas infernales, *sordentibus tenebris*. En otro lugar, nos hace comprender el santo por medio de una hermosa imagen la división que se operaba en Roma entre los dos cultos, cuando representa á un anciano, pontífice de Júpiter, teniendo en sus rodillas á una pequeñuela, nieta suya, que susurra oraciones cristianas: el pasado y el porvenir unidos esta vez en un amor común.

Abandonado de los emperadores, el paganismo había retrocedido lentamente, sostenido como estaba por los hábitos del pueblo y por la sabiduría y prudencia de algunos espíritus levantados que traían todos los dioses á la unidad divina; otros se sentían atormentados por el contraste entre las grandezas del pasado y las humillaciones del presente. Roma, sobre todo, llena aún de monumentos de su antigua gloria, medía la decadencia del imperio con los progresos de la nueva religión, y los senadores paganos estaban dispuestos á creer que al desterrar de la curia la Victoria, se había desterrado del ejército. Reclamaron de Valentiniano II la abolición del decreto de Graciano, y fué ocasión de un debate memorable entre Símaco y el obispo de Milán, San Ambrosio.

Este patricio hijo de un prefecto del pretorio, y él mismo gobernador de provincia antes de su episcopado, había llevado á la Iglesia los hábitos autoritarios de su casa; el espíritu de dominación y la habilidad política de los antiguos senadores de Roma parecían haber pasado á él. Por su linaje, sus relaciones y su genio, se había creado en el imperio una situación muy útil á sus intereses religiosos, y tenía para la Iglesia la ambición que no tenía ya para el siglo. Creía que todo debía ceder á la religión interpretada por sus mismos ministros; y un día escribió á Teodosio: «La verdadera piedad es la que prefiere el cielo á la tierra, los bienes eternos á los efímeros (1).» Y daba en prueba el pasaje de las Escrituras en que Moisés manda á los hijos degollar á sus padres y á los hermanos matar á sus hermanos, porque la religión debe romper, si es preciso, los vínculos de la afeción y del parentesco. Elocuente, audaz, rico, pero reservando sus riquezas para socorrer á los pobres, tenía en Milán, donde el emperador residía, una popularidad que obligaba á la corte á contar con él, y fuera, una reputación que le daba el primer lugar en la Iglesia católica.

Cuando Símaco fué encargado por sus colegas de acercarse á Graciano para solicitar el restablecimiento del altar de la Victoria y la restitución de las rentas que costeaban el culto pagano, el papa Dámaso se limitó á enviar á Ambrosio una protesta de la minoría cristiana del senado. Pero el obispo de Milán, más resuelto que Dámaso, intervino personalmente para hacer que se negara la audiencia imperial.

Animado por la disposición tolerante de Justina, procuró el senado influir para que Valentiniano II revocara la decisión de su hermano; en su virtud volvió Símaco á Milán y entregó al emperador una elocuente súplica:

«Pues que la causa primera, decía, está envuelta en nubes, ¿cómo pueden conocerse los dioses sino por la histo-

(1) *Ea vera pietas que præponit divina humanis, perpetua temporalibus* (Carta 66). En su *Obitu Theod.* celebra el celo que desplegó el rey de Judá, Josías, para la destrucción de la idolatría Firmico Materno en su libro de *Errore prof. relig.* había mostrado el mismo fervor intolerante y el dulce Agustín aplaudió también la persecución: *quis non laudat leges... adversus sacrificia paganorum... illius quippe impietatis capitale supplicium est* (Carta 93).

ria y la tradición de los mayores? Paréceme, excelente príncipe, que Roma está ante tí y te dice: Padre de la patria, respeta mi vejez y déjame vivir según mis deseos. Este culto ha puesto el mundo bajo mi ley; rechazó á Anibal de mis murallas y á los galos del Capitolio. Pido la paz para los dioses de la patria y deseo que el tesoro del príncipe se acreciente con los despojos del enemigo y no con los bienes de los pontífices.»

Estas palabras eran, en efecto, elocuentes; pero no eran razones; y Ambrosio, que había obtenido comunicación del discurso de Símaco, antes de la sesión del consistorio



imperial, contestó con una memoria, menos brillante, pero más fundada. Demostró que ni los dioses ni las vestales habían impedido ninguna derrota; reclamó la libertad religiosa para los senadores cristianos, que no pudiendo asociarse con su presencia á ritos sacrílegos, se verían obligados á renunciar á sus funciones de supremos consejeros del imperio; y ensayando ya el gran medio de la excomunión de los príncipes, amenazó á Valentiniano con cerrar su iglesia, si accedía á la petición de los paganos.

Invocar los derechos de la conciencia era más hábil que sincero, como quiera que el mismo Ambrosio pidió en otra memoria al príncipe que desembarazara el imperio del culto de los gentiles. Pero esta habilidad bastaba para convencer espíritus de antemano convencidos.

Nadie, en el consistorio, fué favorable á esta rehabilitación ofensiva del moribundo paganismo. Algunos miembros del consejo eran paganos, ó mejor dicho, no eran cristianos; y la cuestión financiera que envolvía la cuestión religiosa los decidió: los bienes confiscados de la Iglesia